

Alessandro Manzoni

El cinco de mayo

(tr. Juan Eugenio Hartzenbusch)

Murió. —Cual yerto quédase,
Dado el postrer latido,
Del alma excelsa huérfano,
El cuerpo sin sentido,
Tal con la nueva atónito
El universo está.

La hora contemplan última
Del hombre del destino,
Y dudan que en el cárdeno
Polvo de su camino
Pie de mortal imprimase,
Que le semeje ya.

Le vi en el trono fúlgido
Y fue mi lengua muda;
Cayó, se alzó, y postráronle
Por fin en lid sañuda;
Y al recio grito múltiple
Voz no añadí jamás.

Virgen de injuria pérvida
Y encomio lisonjero,
Mi Musa, cuando súbito
Se oculta el gran lucero,
Rinde a la tumba un cántico,
No efímero quizás.

Del Alpe a las Pirámides,
Del Rhin al Guadarrama,
Lanzó tras el relámpago
Él la celeste llama:
Hirió de Scila el Tánaïs,
Y de uno al otro mar.

Si esto fue gloria, júzguelo
Futura edad; la nuestra
Humíllese al Altísimo,
Que dilatada muestra
De su potente espíritu
Quiso en el hombre dar.

El zozobroso júbilo
Que un gran designio cría,
Los indomables ímpetus
De quien reinar ansía,
Y obtiene lo que fuérale
Vedado imaginar.

Todo lo tuvo: obstáculos
Grandes y grande gloria,
Y proscripción y alcázares,
La fuga y la victoria;
Se vio dos veces ídolo,

Dos pereció su altar.

Dos siglos combatíanse
Cuando su voz oyeron,
Y a él como a ley fatídica
Sumisos acudieron:
Callar les hizo, y árbitro
Sentose entre los dos.
Y de honda envidia y lástima
Objeto en su caída,
Cerrada en breve círculo
Desperdició su vida,
Odio y amor sin límite
De sí dejando en pos.

Envuelve y hunde al náufrago
Ola que, alzándole antes,
Dejaba que en el piélagos
Con ojos anhelantes
Buscara en vano el mísero
Tierra distante de él.

Así abismaba al héroe
Tanto recuerdo amargo:
Él de historiarse impúsose
Mil veces el encargo,
Y mil cayole inválida
La mano en el papel.

Mil veces, ¡ay! al tétrico
Fin de inactivo día,
Bajas las ígneas órbitas,
Brazos con pecho unía,
Y le asaltó en imágenes
El esplendente ayer.
Y vio las tiendas móviles,
Y armas la luz volviendo,
Y el galopar belígero
Valles henchir de estruendo,
Las imperiosas órdenes
Y el pronto obedecer.

Quizás, ¡ay! de la pérdida
Rendido al desconsuelo,
Desesperó; mas próvida
Mano llegó del cielo,
Y a la región vivífica
Piadosa le llevó.

Donde floridos tránsitos
Ofrece la esperanza
Al campo en que magnífico
Premio sin fin se alcanza,
Y noche muda tórnase
La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica
Fe, por do quier triunfante,

De un nuevo triunfo alégrate:
Cerviz más arrogante
Al deshonor del Gólgota
Nunca se doblegó.
Libra los restos fléviles
Tú de injurioso acento:
Dios que alza y postra, dándonos
Tribulación y aliento,
Ya solitario el túmulo,
Al lado vigiló.

Pentecostés

¡Oh madre de los Santos! ¡Conservadora eterna
De sangre incorruptible! ¡Ciudad que Dios
gobierna
De la celeste al par!
¡Tú que hace tantos siglos sufres, combates y
oras,
Y sin cesar despliegas tus tiendas vencedoras
Del uno al otro mar!

¡Hueste de los que esperan! ¡Iglesia de Dios
vívolo!
¿Dó estabas? ¿Qué secreto rincón, de luz
esquivo,
Tu cuna protegió,
Cuando por los alevos al Gólgata arrastrado,
Desde su altar sublime tu rey crucificado
La tierra enrojeció?

Y cuando del sepulcro su Humanidad salida,
El vigoroso aliento de la segunda vida
Por siempre recobró;
Y cuando con el precio del rescate en su mano,
Del polvo vil al trono del Padre soberano
Triunfante se elevó;

¿Dó estabas, compartiendo sus penas y
quebrantos,
íntima confidente de sus misterios santos.
Hija suya inmortal?
Velando con zozobra, y sólo en el olvido
Creyéndote segura, temblabas en tu nido,
Hasta el día vital,

En que sobre ti vino glorioso el Paracleto,
E inextinguible antorcha con su hálito perfeto
En tu diestra encendió;
En que sobre la cima, por faro de las gentes
Te puso, y en tus labios las perennales fuentes
De la doctrina abrió.

Cual de uno en otro objeto la lumbre se
desliza,
Y siendo una, a todos con variedad matiza
De tintas mil y mil;
Tal múltiple resuena el inspirado idioma,
Y a un tiempo lo comprenden el griego y
el de Roma,
El judío, el gentil.

Tú que ídolos adoras, doquier su templo exista,
Atiende al grito santo, y la ofuscada vista
Vuelve a Jerusalén:
Del degradante culto la tierra avergonzada.
Vuelva a su Dios, y abierta a era mejor la entrada,
Renazca para el bien.

.....

¿Por qué, a sus pequeñuelos besando, aun
suspira
La esclava, y con envidia el libre seno mira
Que a libres engendró?
¿No sabe que a los siervos Cristo a su reino
eleva,
Que en todos, uno a uno, los tristes hijos de Eva
Al padecer pensó?

Nueva franquicia anuncian los cielos, nueva
alianza,
Nuevo orden de conquistas, y gloria que se
alcanza
En más sublime azar;
Paz nueva que resiste a embate furibundo
Cual a insidioso halago, paz que escarnece el
mundo
Mas no puede arrancar.

Oh Espíritu, postrado al pie de los altares,
Cruzando densos bosques o vastos hondos
mares,
Solos o en comunión,
Del Líbano a los Andes, de Hibernia a
Cuba ardiente,
Dispersos por el globo, y en ti fraternalmente
Formando un corazón.

Nosotros te imploramos: propicio a quien te
adora,
Oh Espíritu clemente, y aun a quien te ignora,
Baja, ¡oh renovador!
Reanima tú los pechos que a helar la duda vino,
Y a los vencidos sirva de galardón divino
El propio vencedor.

Baja, de las pasiones amansa la ira fiera,
E infunde pensamientos de aquellos que no
altera

La muerte con su horror.
Con lluvia bienhechora tus propios dones riega;
Fecúndelos tu gracia, tal como el sol despliega
El germen de la flor.

Que sin cogerla nadie, muriera ajada y sola
Sobre el humilde césped, ni abriera su corola
De fúlgido matiz,
Si no se le infiltrara difusa en el ambiente
Aquella luz süave, de vida asidua fuente,
Jugo de su raíz.

Nosotros te imploramos: desciende, dulce
aura,
Y la abatida mente del infeliz restaura
Con divinal solaz;
Cual huracán desciende al corazón violento,
E imponle tal espanto que a blando sentimiento
Reduzca el brío audaz.

Por ti la frente mustia levante el pobre al cielo
Que suyo es, y trueque, pensando en su modelo,
En gozo la aflicción;
Y aquel a quien fué dada riqueza o bien sobrante.
Dé con sigilo honesto, dé con el buen talante
Que acepto te hace el don.

Respira de los niños en la inocente fiesta;
A las doncellas tiñe de púrpura modesta
El rostro encantador;
A las vírgenes puras delicias misteriosas
Dispensa en su retiro; consagra en las esposas
El pudibundo amor.

Del confiado joven temple el ardor inquieto;
Del hombre ya maduro dirige a noble objeto
La firme actividad;
Santas aspiraciones a la vejez sugiere;
Brilla en la vista errante del que esperando
muere,
Sol de la eternidad.